

CORRECCIÓN POLÍTICA,
LENGUA Y POSVERDAD

Darío Villanueva

CÁTEDRA DE ESTUDIOS IBEROAMERICANOS
JESÚS DE POLANCO



Cátedra de Estudios Iberoamericanos
Jesús de Polanco

Título original: *Corrección política, lengua y posverdad*

Publicado por:
Fundación Santillana
Calle Méndez Núñez, 17
28014 Madrid
www.fundacionsantillana.com

© del texto, 2019: Darío Villanueva
© de esta edición, 2019: Fundación Santillana

Primera edición: abril de 2019
Diseño gráfico: Miguel Sánchez Lindo
Corrección: Alfredo Blanco
Impresión: Zig Zag, S. L.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico.

MUY A FINALES DE LOS AÑOS ochenta fui durante el semestre de otoño profesor visitante en la Universidad de Colorado en Boulder.

Me las prometí muy felices, pues conocía ya, por estancias anteriores, las magníficas condiciones docentes que mi posición me concedería. Entre ellas, y no la de menor importancia, la de disponer de un grupo muy reducido de estudiantes en cada uno de los cursos de posgrado que hube de impartir. Hablo de entre seis y ocho.

Por supuesto, contaba también la libre elección del tema. El primero de los cursos que monté versaría sobre la novela picaresca española, cuyo corpus no demasiado nutrido comprende desde el *Lazarillo de Tormes*, de hacia 1554, hasta *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, compuesta por él mismo*, publicada en Amberes en 1646. Más o menos un siglo de producción narrativa que sienta las bases, junto a *El Quijote*, de lo que sería la novela realista moderna, arco temporal

jalonado por dos textos de escritor anónimo, si bien no faltan atribuciones de autoría para el alfa y el omega de la serie. Por ejemplo, la de Alfonso de Valdés para el *Lazarillo* o la de Gabriel de la Vega para el *Estebanillo*.

La regalía mayor era, para mí, la de leer, literalmente, con mis alumnos los textos principales de la picaresca española, cosa difícil en otras circunstancias que no fuesen las que el campus de Boulder me proporcionaba, en una recoleta sala del Departamento de Español y Portugués junto al pequeño lago de la universidad.

Pesaba en mi decisión el recuerdo de un artículo de George Steiner publicado en el *Times Literary Supplement* en el que el gran humanista, preocupado por el empacho deconstructor que tanto daño hizo sobre todo en los departamentos humanísticos norteamericanos, concluía con una propuesta tan simple como la siguiente: no nos conviene ya más teorías, métodos o nuevas perspectivas críticas en la enseñanza de la literatura, «lo que necesitamos son lugares: por ejemplo, una mesa con unas sillas alrededor donde podamos volver a aprender a leer, a leer juntos». Porque paradójicamente esa competencia puede que se esté perdiendo, y existe la contradicción de que, en nuestras so-

ciedades, si profundizamos un poco bajo el oropel de la epidermis nos encontramos con que la capacidad de comprensión de los textos complejos por parte de los ciudadanos que salen del sistema educativo es cada vez menor.

Comencé, pues, con entusiasmo mis lecciones, que lo eran en el más genuino sentido etimológico de la palabra latina: lecturas compartidas por el profesor y sus seis alumnos. Todo iba sobre ruedas con el *Lazarillo*, texto ideal para poner a prueba la capacidad de sus lectores para entender que la ironía consiste en escribir exactamente lo contrario de lo que se quiere decir, dejando a la inteligencia del receptor la conversión de lo uno en lo otro. Pero he aquí que llegamos al episodio del negro Zaide, con el que la madre de Lázaro, ya viuda, se amanceba y al que acaba dándole un «negrito muy bonito» que, cuando se le acercaba su padre, respondía asustado con un «Madre, coco». Fue entonces cuando reparé en que una de mis alumnas era negra. Me apresuré a calificar la facecia como rematadamente racista, y ella, mi alumna, con el humanísimo desparpajo que quizá proviniera de su origen dominicano, rio junto con sus compañeros la situación textual y la que se había creado en el aula, y no hubo más que decir.

El problema vino con *Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos; ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*, obra de un extraordinario escritor y antisemita confeso, Francisco de Quevedo y Villegas. Acabábamos de descubrir en mi universidad un texto suyo titulado, ni más ni menos, *Execración contra los judíos*, fechable en 1633, y ese talante asoma explícita o implícitamente en numerosas páginas del *Buscón*.

En el aula leían conmigo dos alumnos judíos, en cuya condición de tales yo no había reparado en ningún momento. Se sintieron ofendidos porque un profesor como yo escogiera un texto de ese cariz, y lo hiciese leer ante la clase en voz alta, y así lo denunciaron ante el director del departamento y el decano. Ambos enfocaron el asunto a la luz de la libertad de cátedra, y me dieron crédito sin reservas. No solo esto, sino que consiguieron convencer a los denunciantes de que no había mala intención, antisemita, en mi sílabo del curso, sino que para explicar la picaresca española era obligado estudiar el *Buscón*. El asunto no fue a más, pero como profesor visitante español en la Universidad de Colorado no me cabe duda de que me dejé algunos pelos en la gatera.

Pero tuve ocasión pintiparada para reivindicarme. Concluíamos nuestras lecturas con el *Estebanillo González*, pícaro de vida indigna, en nada ejemplar, que él mismo describe en sus facetas más reprobables haciendo uso de una sorprendente característica del género, la autodenigración, pues la novela está escrita en primera persona. Estebanillo dice haber nacido en Salvaterra do Miño, y ello puso en bandeja un colofón que me vino como anillo al dedo. Recuerdo que les dije a mis alumnos: la novela picaresca española, escrita en tiempos muy distintos a los nuestros, entre mediados del siglo XVI y del XVII, está, como hemos podido comprobar mediante la lectura, en las antípodas de la corrección política. Es más, con frecuencia obedece deliberadamente a un designio discriminatorio y ofensivo, denigrante contra las minorías. Lo hemos visto en el caso de los negros con el *Lazarillo*, con los judíos en el *Buscón*. Y ahora, como despedida, le toca la china a otra minoría, la de los gallegos, objeto de burlas constantes e injustas en la literatura española del Siglo de Oro por su supuesta condición de zafios y lerdos. Minoría, por cierto, a la que yo pertenezco: nací en Vilalba, provincia de Lugo, en 1950.